

LA HOJARASCA



**RELATOS, CRÓNICAS, POESÍA, CRÍTICA
LITERARIA... EL AÑO EN RETROSPECTIVA**

2010-2011

1-AMIGOS, ESTO ES

UNA CRÓNICA DEL BARRIO... *Germán David Clavijo*

2- ALIMENTO PARA EL ESPÍRITU

POEMAS

María José Mures

3- POR LA SENDA DEL SIN.ISMO

DEMOS- STUPIDUS

Javier Moyano

Rabiarte

4- LITERATURA

LA SELVA Y LA LLUVIA

Enrique Santos Molano

**5- Se presenta en México obra de teatro colombiana:
La piñata más grande del mundo**

6- antropología de ciudad

TODO POR UN SOMBRERO VUELTIAO

Mario Lamo Jiménez

7- CHAMBÚ, UNA EXPRESIÓN AMERICANA

Édgar Bastidas Urresty

8- CRÓNICA

EL CUADRO EN LA PARED

Nuria Barbosa León

9- EL GENIO CÓMICO MÁS GRANDE DEL MUNDO

A CIEN AÑOS DEL NACIMIENTO DE CANTINFLAS: UN OJOMENEADO RECUERDO

Fidencio Sánchez

10- ECONOMÍA E IRREALIDAD

VIVIMOS EN EL MATRIX

Luis Germinal Muñoz Salvador

AMIGOS, ESTO ES UNA CRÓNICA DEL BARRIO...

GRITOS EN LA NOCHE,
ENTRETENIMIENTO EN DIFERIDO PARA
USTED QUE LEE

Germán David Clavijo



A un hombre lo acuchillan, lo recogen unos vagabundos, gente mal vestida, habitantes de la calle que se convierten de pronto en sus hermanos y velan para que no se muera, mientras se va formando alrededor un tumulto de habitantes de casas, con baños, con inodoros, con salas, con televisores, que miran como el acuchillado se desangra mientras ellos, los “ñeros”, tratan de detenerle la hemorragia y les dicen, a los decentes, claro, los que tienen celular, que llamen a una ambulancia. Los taxis no quieren recoger al herido que ya va perdiendo la conciencia, seguro piensan en la tapicería, yo intento parar varios, les digo que les pago la carrera al hospital, intento abrirles la puerta a la fuerza mientras lo cargan (¿quiénes? ¿los decentes? no, los ñeros) para meterlo. No, no se puede, llega la policía en motos y defiende al taxista en su derecho de no querer que se ensucie su tapicería. El tipo se sigue desangrando, pasan unos minutos, al rato llega la camioneta de la policía y lo recoge, ya dormido, al herido. Cerremos aquí esta escena, sólo puedo decir que al otro día cuando pasé por esa esquina, el lugar donde se había derramado casi

toda la sangre estaba más limpio que en los alrededores, se ve que más tarde esa misma noche alguna señora del barrio había lavado con jabón la sangre y había dejado casi nuevo ese pedacito de calle a punta de cepillo. A mí, que estoy acostumbrado a la sangre (he recogido mucha, todo un balde cuando mataron a un narcotraficante que estaba comprando una tarjeta de recarga de celular, recuerdo, en la farmacia de mi mamá) no se me hizo extraño que apuñalearan a algún tipo que borracho tal vez hubiera estado por ahí pataneando a alguien; lo que sí me hizo sentir extraño en este país donde uno se acostumbra a todo, fue que las personas que yo hubiera considerado más —digámoslo de alguna manera— confiables, si entrando en la librería en la que trabajo tuviera que dejarlos solos, hubieran sido los que precisamente, ya sea por miedo o

morbo, habían dejado al tipo desangrarse.

Y ahora no me voy a poner a contar acá todo lo que he visto en estos barrios (Santafé, Samper Mendoza, casi centro de la capital), no, no lo voy a hacer, ya está claro todo lo que he visto, no lo entiendo, pero está claro como un hecho aquí en mi mente. Es que como de lo que he visto lo que más morbo despierta, más interés, entre los lectores que cómodamente leen estos relatos de cronistas que los escriben con la esperanza de algún día poder leer así de cómodos en salas amplias, así lo hago; yo soy también soy un artículo de lujo en los anaqueles de este gran supermercado, hace poco lo supe, entonces los escribo, no porque me duela, no porque no entienda, no porque quiera entenderlo, no porque la noche es larga y estoy sólo, ni porque el mundo afuera se esté yendo a la guerra e intente prevenirlo, avisarlo para ver si podemos hacer algo; no, puro entretenimiento, pura diversión, eso es lo que hago... en fin, no, no me voy a poner a contar acá tantas cosas vistas, con una es suficiente para intentar nombrar algo más allá de la estadística de lo que viene pasando, pasa y entretiene.

Hace dos meses volví a este barrio en el que pasé buena parte de la época de mis estudios, volví del Norte, donde pasé un año exiliado en una casa grande donde todas las personas tienen perros que sacan en las mañanas y en las noches, una casa rodeada de parques donde los niños juegan en columpios vigilados, un celador en cada esquina. Sí, volví ya en una tónica diferente, volví con la intención de crear en este barrio una Casa donde todos los interesados puedan disponer de un espacio para desarrollar sus habilidades y sueños... en fin, volví, y como antes, ahora vivo en frente de un CAI de la policía que según muchos le brinda seguridad a la cuadra y nos hace ser a nosotros, los habitantes de ella, algo así como los play boys del barrio: seguridad, la gran palabra, con muchos vigilantes en frente que nos iguala de alguna manera, —según la mitología—, al Norte.

Claro, pero es que esto de la tranquilidad que implica el CAI es discutible, sí, seguramente no se atreverán los ladrones a robarme entrando a la casa, sin embargo más de una vez, mientras estoy despierto en la noche —trato de no dormir con una ciudad tan encendida al frente—, he escuchado gritos que vienen del CAI... Gritos de ¡Me van a matar! ¡Ayúdenme!, o de ¡Socorro! peleas interminables de parejas, de familias, de enemigos (de todo el mundo, porque todo mundo pelea)... sí, he escuchado, y entonces me asomo a la ventana... al parecer nada pasa, nadie se asoma, es como la televisión por cable... y un bombardeo en directo sobre Irak o sobre un campamento de la guerrilla en diferido no importa... importa que tenemos policía al frente y somos los play boy del barrio... Todo decente por lo demás, para decirlo de una vez, un gran barrio.

Y si quisiera contarlas, qué podría interesar más al lector que historias de travestis que en grupo roban y manosean o de grupos de niños que atacan ancianos y si usted se para y mira mucho entonces ellos dicen que es que el viejo quería violar a uno de ellos, y así los transeúntes no saben qué pensar y se zafan. Sí, de todas esas historias es lo que hay en estos barrios, los más vívidos de la ciudad, y no de vez en cuando sino todas las noches, todas; ah, cuando ya en la casa miro desde el patio la infinidad del barrio que se extiende como una piel de tigre me afligen todas las historias que sé que no contaré nunca porque son demasiado de lo mismo.

Pero estos barrios no siempre fueron así, las mismas casas amplias y señoriales, los apartamentos que comparados con los más modernos resultan gigantescos, dan fe de otra época, por allá en los años 20, 30, 40 y hasta 50, cuando se podía ver por estas calles al poeta León de Greiff salir de su casa donde tras las puertas millones de libros desparramados por todos los cuartos convivían; ah, esas sí que eran imágenes dignas de memoria; pero no, sigamos con lo de la suciedad y la sangre que yo sé que es lo que al lector que lee estos papeles le interesa... y aquí

una digresión: es extraño, pero el entretenimiento de este tipo de lecturas que en épocas pasadas se escribían desde la minoría (desde lo extraordinario), para entretener a la mayoría (y piénsese entonces en la crónica de sociedad de los diarios, donde algún afortunado contaba las delicias de Sociedad —con mayúscula— a la plebe ansiosa de chismes y de elegancia, o de las crónicas de la conquista, donde un pequeño grupo de avanzada contaba a todos los letrados que pudieran leerlas, de las extrañas y salvajes costumbres de los indios que encontraban y de cómo y bajo qué medios era mejor infundirles el amor por Cristo, fuese el sermón amoroso o la espada); sí y así fue siempre: una minoría que escribía para mayorías... sin embargo todo eso se ha trastocado, se ha invertido y ahora son los habitantes de los grandes barrios donde historias sin fin se suceden, quienes escriben para una minoría que se siente comprometida con lo que nunca verán ni realmente le importa. Se me viene a la mente esta pregunta ¿Por qué se dice cinturones de miseria? Yo diría cinturones de riqueza, sí, yo escribo, escribimos para los cinturones de riqueza. Fin de la digresión... sigamos.

No, mejor otro día, en este justo instante en que escribo escucho del CAI a alguien, y eso que me separan desde la altura de mi quinto piso más de cuarenta metros; con la voz característica de los travestis que han asumido en el alma su rol estudiadamente femenino (femenino y travesti, ese es un asunto que tenemos que explorar otro día... ¿cuestiones de la cultura?) grita que ¡no!, que le cortaron una mano, que ¡mi mano! ¡mi mano!, ¡me va a quedar una cicatriz en mi mano!... grita y grita, ya van más de dos minutos, y lo escucho, así haya subido el volumen a la música para intentar zafarme, no, no puedo, tengo que ir a la ventana a verlo, a ver qué está pasando, dejo entonces esta crónica inconclusa, me levanto.

ALIMENTO PARA EL ESPÍRITU



POEMAS

*María José Mures**

Esqueje

**Verdad es que la poesía
también se escribe con el
cuerpo.**

CERNUDA

Mueve mis caricias con tus
manos
hasta que llegue
el fin del universo,
sigue meciendo la cama
simula ser
esqueje en mi cuerpo.
No sé que estambre
me une a ti
que sin estar cosida
deseo seguir cosiendo.

Fue

**de qué manera me encontré contigo
que ya nunca más pude separarme...**

ALINA GALLIANO

No me hizo feliz
ni el libro,
ni la tarta de nata
que comí con la vista,
ni el anillo
que invitaba a una
vida junto a ti,
fue
mi pseudo muerte
al morder la manzana
en vaivén sobre ti.

Sin letrero

No hay letrero
de coto privado de caza,

pero son tuyas,
en la piel están
todas las caricias,
las ternuras todas,
todas las humedades
de tu reserva y la mía.
Vivir para tenerte,
vivir esos cinco minutos,
en donde redondeas
mis ovillos de placer.

Sur

**...estabas para el amor formada,
hecha para el suspiro, el mimo y el desmayo...**

FEDERICO GARCÍA LORCA

Al sur de tus pechos
duerme el mirlo prometido,
al sur de tu vientre
perpetuo deseo,
intentar despertarlo
dándole mi comida
o dándole agua
pero vuela sin querer.

Frambuesa

Cacao de frambuesa
en la arboleda llevabas,
evité besarte
a pesar de lo ocurrido,
me excitó el diseño
sin estudio o sí
de Ágatha.
De frambuesa tu cacao,
mental el mío,
a cacao de frambuesa
sabe mi primer labio.

Pantagruélico cuerpo

Debajo de tu pecho
estaba el mar,
tus ojos
mirabel de deseo
como margarita
me llamaban,
con ecuóreos movimientos
llenamos el mar con los ojos.

Insolación

Roja desnuda
en la cama de agosto
y dolorida por la piel
te miraba.
Dormías roja de silencio,
yo diablo
te iluminaba como linterna
con ojos de deseo,
no escuchaba nada
sólo tu respiración.
Quería sentirte
in puris naturalibus
mas qué diría tu piel,
era un diablo,
maldije al sol
por no amarte ese día.

* MARÍA JOSÉ MURES

Nace en Fernán Núñez, Córdoba, el 4 de abril de 1970. Es diplomada en Educación Especial por la Universidad de Córdoba y habilitada en Educación Infantil por la UNED. Es Máster en logopedia en Rehabilitación de los trastornos del lenguaje y el habla por la Universitat Politècnica de Catalunya.

Fue directora adjunta de Revista de Feria de su localidad durante dos años y después formó parte del grupo de redacción. Sus versos aparecen en Revistas Literarias como Alhucema, Baquiana, Arique de Cuba, La pájara pinta, Caños Dorados, Pan de Trigo, y otras de soporte digital. Tiene publicados tres libros: Antes del Amor, Zahorí y Cambalache, este último prologado por Aimée G.

Bolaños. Está incluida en la Antología de poetas de Fernán Núñez, 2006. Ha sido colaboradora en la edición del libro de Romances y canciones de Amor II, 2006, de la Diputación Provincial de Ciudad Real. En ese mismo año el Ateneo de Almagro la nombra Socia de Honor.

Fue merecedora del segundo Premio de Poesía en Alfafar, Valencia, con su poemario Zahira y en 2007 fue premiado su poemario Entre la espada y tú, amor en el V Concurso Nacional de Poesía "Caños Dorados".

mariajosemures@hotmail.com

POR LA SENDA DEL SIN.ISMO

DEMOS- STUPIDUS

*Javier Moyano
Rabiarte*



“Yo no soy un hombre, soy un pueblo,

El pueblo es superior a sus dirigentes”

Jorge Eliécer Gaitán

Extraído de un billete de Mil devaluados pesos Colombianos

Brindemos o querida mía hoy por la patria,

tomémonos un amarillito

con los azulitos y los rojitos,

sin negros, mestizos o indígenas.

Seamos falsos pero positivos,

Sonriamos

¡Este es el segundo país más feliz del mundo!

¿Cuál es el primero?

Apostémoslo todo a la selección de futbol.

Indignémonos con las guerras en oriente,

con los niños con hambre de África,

con la pobreza de Haití,

sonrojémonos por los asesinos en serie de la nueva serie de Fox.

Choquemos las copas por nuestra nación.

La tierra del silencio y el hampa,

la cuna de la porquería legalmente aprobada,

la mas firme democracia del continente. Jajá Jajá.

Hinchemos nuestros pechos al cantar el: ¡Oh, Gloria inmarcesible!

Comprémonos una manilla del tricolor,

odiamos

en mil días o para el resto de la historia. Da igual.

Sírveme un aguardiente, pues somos unos berracos,

pa´ desplazar, pa´ contrabandear, pa´ timar, pa´ robar y para olvidar.

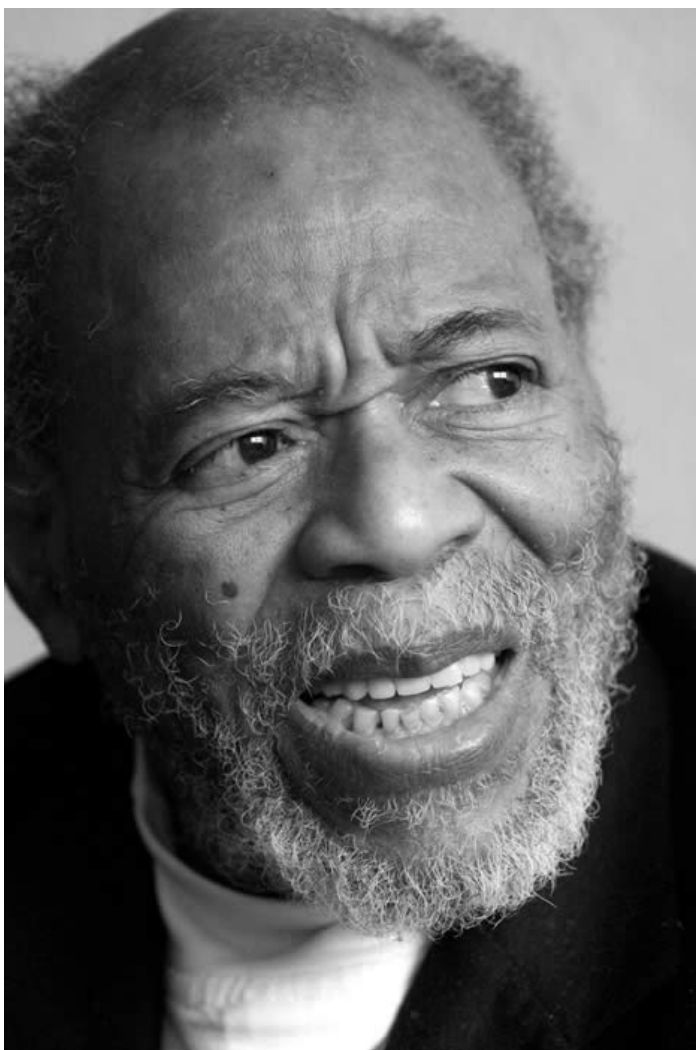
Brindemos oh querida mía por la patria,

patria malparida pero bien criada. Jajá Jajá.

LITERATURA

LA SELVA Y LA LLUVIA

Enrique Santos Molano



Fundada en 1931, la Editorial Progreso, de Moscú, se estableció para publicar “en idiomas extranjeros”, es decir, diferentes al ruso, obras de autores soviéticos o de escritores progresistas, aunque no fueran soviéticos ni estuvieran adscritos a la ideología comunista. Los libros de Editorial Progreso abarcan todos los temas. Política, ensayo, narrativa, historia, ciencias, etc. En español se editaron más de dos mil títulos entre 1931 y 1986. El único escritor colombiano que figura en ellos es Arnoldo Palacios, con su novela *La Selva y la Lluvia* (1958).

Después de publicada su impactante novela anterior, *Las Estrellas son negras*, (1949) por la editorial bogotana Iqueima, de Clemente Airó, Arnoldo Palacios se fue a Europa con una beca para estudiar idiomas en París, y con otra novela que le bullía en la cabeza, al calor de las recientes llamaradas del 9 de abril de 1948. Ese día proceloso, entre los incendios producidos por la revuelta popular, se quemaron los originales y las copias de *Las Estrellas son Negras*, que el joven Palacios, entonces de 24 años, tenía recién terminada. La reconstruyó en

tres meses, se la entregó al editor Airó y retornó a Quibdó. Al cabo de seis meses, de vuelta en Bogotá, se encontró con que las *Estrellas* estaban ya en blanco y negro. Apenas faltaba la carátula. De pintarla y diseñarla se encargó Alipio Jaramillo, famoso dibujante de la época, hoy refundido en el archivo inescrutable de la desmemoria nacional.

Dentro de la tonta manía de las clasificaciones, a *Las Estrellas son Negras* han querido catalogarla de ‘novela testimonio’. La novela testimonio no existe como género. Todas las novelas son testimonio de algo. Ni tampoco existen –sino como etiquetas-- la novela histórica, la novela psicológica, la novela urbana, la novela política, la novela social, la

novela negra (o policiaca), ni la novela de aventuras. La novela no tiene apellidos, o no debería tenerlos. Es un universo en el que todos los sucesos de la vida fluyen y discurren a través de las pasiones humanas y del escenario en que se desenvuelven. Si un novelista pretende que su novela gire sobre determinado tema, con seguridad terminará haciendo un tratado excelente al respecto (la política, la violencia, la historia, el problema de los indígenas o de las negritudes, el drama de los desplazados o el auge de la corrupción), pero jamás logrará escribir una novela.

Muchos creen, sobre todo los que no las han leído, que las dos publicadas de Arnoldo Palacios, son novelas de negros, o de negritudes, o que se ocupan nada más de la vida en el Chocó. El propio Arnoldo Palacios ha rechazado esa estrecha interpretación de su narrativa: "Porque lo fundamental es el hombre. Que se trate de paisaje, o que se trate de lo que se llame urbano: lo fundamental es el hombre, y donde esté el hombre ahí está lo esencial: Lo demás son, quizás, disquisiciones que tienen su valor, pero que no son lo esencial. Lo esencial es el hombre, y yo quise y he querido siempre hablar sobre el hombre, sus problemas, sus sueños, su vida íntima, su fuerza, su vigor, su esperanza, sus luchas, porque creo, también, que el escritor debe estar comprometido con todo lo que atañe a cuanto lo rodea, especialmente como hombre."¹

Una novela como *La Selva* y *la Lluvia* mal podía, en la década de los cincuenta, encontrar editor en Colombia. Eran los días en que la violencia política desatada por un grupo de falangistas que se hicieron del poder, nos había llevado a la guerra civil, y la guerra civil al gobierno militar, del que se agarró el país para salvarse de la violencia como puede asirse de un espinoso alguien que está a punto de rodar por el abismo. En los Estados Unidos, y en el resto de Occidente, reinaban el macartismo y la cacería de brujas, mientras que la guerra fría enfrentaba los dos mundos surgidos de la Primera Guerra Mundial (1914-1918). El comunista, liderado por la Unión Soviética, y el capitalista, representado por los Estados Unidos. En esas circunstancias ser prosoviético en un país de la órbita capitalista, era tan azaroso como ser procapitalista en un país de la órbita comunista. Occidente (Estados Unidos y sus aliados) criticaba con feroz ironía al Oriente (Unión Soviética y sus aliados) por su sistema opresor que había aplastado las libertades ciudadanas bajo el peso de la dictadura del proletariado, que no admitía la menor disidencia; pero en los Estados Unidos, campeón de la democracia y máximo defensor de las libertades civiles, se perseguía con saña a todo aquel que se atreviera a disentir de los dictados de Washington y se creó una tenebrosa comisión de actividades antiamericanas, ideada por el senador Joseph McCarthy, que desató la cacería de brujas contra los intelectuales y contra todo aquel que se atreviera a pensar por su cuenta, lo cual se consideraba una conspiración antiamericana. Esa cacería de brujas se hizo extensiva, como es natural, a las naciones de la órbita estadounidense. Incluso los escritores de pensamiento progresista e imparcial, eran sospechosos de proclividad hacia el comunismo y en consecuencia criminalizados por las autoridades defensoras de las libertades ciudadanas.

Arnoldo Palacios llegó a París a principios de 1950 y al poco tiempo se afilió por Colombia (de motu propio, no por encargo oficial) en el Consejo Mundial por la Paz entre los pueblos, cuyo primer Congreso se había celebrado en Oslo en 1949. El Consejo, presidido por Jean Frédéric Joliot-Curie, estaba integrado por intelectuales progresistas, o de izquierda, y contaba con las simpatías de la Unión Soviética y las antipatías de los Estados Unidos. El segundo Congreso debería reunirse en Inglaterra, en el último trimestre de 1950. A la mayoría de los delegados, entre ellos Arnoldo Palacios, se les advirtió que la visa les sería

negada. Por sugerencia de la dirección del Consejo Mundial por la Paz decidieron solicitarla de todos modos, con el objeto de dejar constancia de que el Reino Unido había negado las visas para los delegados al Segundo Congreso Mundial por la Paz.

De retornó en París, Palacios recibió otra buena noticia. El Gobierno colombiano le había cancelado la beca. De pronto el escritor chochoano se encontró en la Ciudad Luz a solas con su poliomielitis y sin recursos. Sobrevivió como pudo, con la ayuda generosa de sus amigos, con trabajos esporádicos, y en esos años escribió *La Selva y la Lluvia*. Por supuesto no encontró eco en Colombia para publicarla, ni en ninguno de los países occidentales, no sólo por estar fichado como un peligroso agente del comunismo internacional, sino por que la novela en sí traía material bastante inflamable.

Con la misma resolución que no lo dejó abatirse por el incendio de los originales de *Las Estrellas son Negras* en 1948, se echó bajo el brazo el manuscrito de *La Selva y la Lluvia* y se montó en un tren hacia Varsovia, en los últimos días de 1957, esperando en que conseguiría en la Embajada soviética una visa para seguir a Moscú. Dos o tres días después de bajarse del tren en Varsovia, le dieron la cita con el Embajador soviético. Para sorpresa de Palacios, el alto diplomático le presentó excusas por no haberlo recibido antes, le agradeció sus deseos de visitar la Unión Soviética, y le extendió de inmediato la visa, con indicaciones precisas de a quien debería presentar sus originales en la Editorial Progreso, de Moscú, donde una editora le recibió el manuscrito y le prometió que en tres meses la daría una razón.

La Selva y la Lluvia se publicó en septiembre de 1958. En aquella época Colombia no tenía relaciones con la Unión Soviética (rotas el 12 de abril de 1948 a raíz de los sucesos del 9), pero muchos de los títulos de Editorial Progreso los vendía en Bogotá la Librería Mundial, de Jorge Enrique Gaitán. Sin embargo no parece que se hubiesen recibido en Bogotá ejemplares de la nueva novela de Arnoldo Palacios. Desde entonces hasta hoy no es posible conseguirla. No fue reseñada por la prensa y pasó inadvertida para los lectores colombianos. En Europa fue devorada por el público lector de español y se le hicieron varias reimpressiones. En mayo de 1959, Palacios le obsequió en Varsovia un ejemplar autografiado al escritor Germán Arciniegas, su compatriota. Si este famoso intelectual no hubiese donado en 1985 su biblioteca personal a la Biblioteca Nacional de Colombia, tampoco sería posible hoy localizar en ella un ejemplar de *La Selva y la Lluvia*². Una fotocopia de ese ejemplar se ha utilizado para componer la presente edición que, por lo visto, resulta ser una novedad auténtica.

Sería una torpeza tratar de establecer comparaciones entre las dos novelas de Arnoldo Palacios. Así se muevan en escenarios similares, trajinen con personajes parecidos, paisajes iguales y protagonistas semejantes, son por completo distintas la una de la otra, y en lo único que podemos asimilarlas es en que ambas constituyen obras maestras. La revista *Semana*, en la importante selección que hizo en 1999 de los Cien Libros Colombianos del Siglo XX, entre las veinte mejores novelas incluyó *Las Estrellas son Negras*. Es obvio que los expertos que hicieron la selección desconocían *La Selva y la Lluvia*. De otro modo la hubiesen escogido también. *La Selva y la Lluvia* es en todo y por todo superior, por ejemplo, al bodrio gramatical y narrativo de Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot, Pax. En el mismo defecto de la selección de *Semana* incurre la de Cien

Novelas Colombianas del Siglo XX efectuada por la revista Credencial Historia (2007). Para hablar de *La Selva y la Lluvia*, no tomaré en ningún momento como referencia *Las Estrellas son Negras*. Cada una de las novelas de Arnoldo Palacios exige un análisis por separado y específico.

Leyendo *La Selva y la Lluvia* me han venido a menudo analogías insospechadas con León Tolstoi. Insospechadas y explicables. No es que exista parecido visible entre el gran novelista ruso y el gran novelista colombiano. León Tolstoi era rico, no tenía poliomielitis y escribía en la tranquilidad beatífica de Yásnaia Poliana. Arnoldo Palacios no es rico, tiene poliomielitis y escribe en la intranquilidad de donde se encuentre. No obstante, advierto en ellos dos puntos sutiles de contacto. El primero, la destreza narrativa, que les permite atrapar al lector desde la primera línea y mantenerlo sumergido en el relato hasta el final. El segundo, la preocupación por el ser humano, el hombre y la mujer, que son siempre la sustancia primordial de sus novelas. En Tolstoi no respiran mujiks, ni aristócratas, sino personas que, mujiks o aristócratas, están identificadas por el sufrimiento, o por la felicidad, agobiadas por las preocupaciones, animadas por las pasiones o abrumadas por la desilusión. En Palacios no hay negros, ni blancos, sino personas que, negras o blancas, sufren y luchan por vencer un medio adverso, y aman, y se retuercen en grandes pasiones o se ahogan en pequeños conflictos. Tanto Tolstoi como Palacios le dan enorme importancia al ambiente que rodea a sus personajes. Los paisajes, los ríos caudalosos, las ciudades sórdidas, el dinero.

Las cosas más complejas se descifran mediante mecanismos muy simples. La destreza narrativa es uno de esos mecanismos que, simplemente, va conduciendo al lector por senderos intrincados, y haciéndole entender cómo transcurren los sucesos de la vida. *La Selva y la Lluvia*, con el poder descriptivo del autor, recorre desde los días de la República Liberal (1930-1946) hasta los meses que siguen al 9 de abril de 1948. Palacios no necesita abundar en detalles. Con pocas pinceladas, y un uso adecuado de los vocablos, muestra las situaciones internas y externas y desnuda el alma de sus personajes. Vino a Bogotá en 1942, a los dieciocho años, y describe la capital y a sus habitantes, los de los barrios pobres y los de los barrios ricos, como si hubiera vivido aquí durante siglos. Pinta el ambiente bogotano de los meses inmediatamente anteriores a abril del 48 con la fidelidad de una película documental que recoge detalles y aspectos que el ojo común no capta, y sin los cuales es imposible entender qué sucedía en esos momentos y por qué la ciudad transitaba un camino fatal hacia la tragedia inmensa. Los brotes de violencia, de la incipiente guerra santa contra “el basilisco liberal-comunista” desatada desde los púlpitos por los curas falangistas, golpeaban zonas del país remotas de la capital. En Bogotá no se sentía el drama sino por los titulares de la prensa liberal o por los discursos de Gaitán en demanda de garantías. Todos estaban pendientes del magno suceso que constituirá la IX Conferencia Panamericana, y se festeja la llegada de las delegaciones y la inauguración de las obras públicas fastuosas que se han emprendido para adecuar la Atenas suramericana al honor insigne que se le ha concedido. Si la situación política entre liberales y conservadores es de máxima tensión, nadie sospecha lo que habrá de ocurrir ocho días después de inaugurada la Conferencia. Arnoldo Palacios, en *La Selva y la Lluvia*, lleva la secuencia con una naturalidad pasmosa. En el café están reunidos los contertulios de siempre, a quienes les sirve tinto y con quienes comparte la charla, Aminta, la llanera indómita que ha dejado su tierra para venir a Bogotá en busca de perspectivas mejores. Se comenta lo de siempre, se habla de la persecución cada día más acentuada del gobierno contra los liberales, como

veinte años atrás se hablaba de la persecución del gobierno liberal contra los conservadores; se comenta la huelga de los tranviarios y las medidas que el gobierno anuncia para mantener el orden y proteger los intereses de los ricos. De pronto se oyen gritos extraños en la calle, voces angustiadas. Los del café se asoman a ver que ocurre. “¡Mataron a Gaitán!”. Sin que nadie los incite, todos corren a buscar un arma, movidos por un impulso interior incontrolable. Palacios concentra el horror de ese día en tres escenas estremecedoras. En la primera, la caída de Aminta, que ha empuñado un fusil para unirse a los amotinados.

“Las balas silbaban, cual un gemido extraño en el viento. A diez metros, en la mitad de la calle yacía un hombre, doblado, incómodo como un borracho dormido. Fue la primera vez que Aminta vio a un hombre muerto, así, en la calle. Protegidos por pequeños surcos de arena y los escasos matorrales de la esquina del Parque de la Independencia, abrieron fuego también. Al comienzo Luis Aníbal casi disparaba a ciegas; decían en el Chocó que el olor de la pólvora daba ánimo. Estaban en una encrucijada: al lado se encontraba el ministerio de guerra, con fuerzas armadas hasta los dientes; en la cima, a la espalda, una división de la policía nacional; no se sabía con quien esta división estaba. Pareció llegar un instante de calma. Atravesaron la carrera trece. Avanzaron rápido para penetrar por la primera puerta abierta. Tuvieron que echarse a tierra; del fondo de la calle veintiséis con la Avenida Caracas las balas soplaban como una cuchilla afilada. Los tranvías se habían quedado anclados en medio de la calle mortecina y con la lluvia recia de ahora parecían casitas de una aldea abandonadas. El estudiante de medicina sintió un golpe áspero, misterioso, en su cráneo; quiso incorporarse pero nadie supo si se incorporó o no; quiso decir algo, pero ni él mismo supo si la palabra se articuló en su boca. Contra la pared chisporroteaba el plomo y los vidrios de las ventanas se desplomaban cual la inmensa vajilla que se le zafó de la mano al ladrón en la noche. El grupo avanzó a la orden de nuestro agente. Todo sucedía tan violentamente rápido y difícil, que a nadie se le ocurría perder un segundo para mirar atrás. La sangre del estudiante corría a raudales sobre la acera, vaciándose en la cuneta de la calle, donde la lavaba la lluvia. Ahora veían a los soldados que disparaban; los insurrectos comenzaron a disparar también al objetivo. Aminta no podía comprender cómo en un momento hubiese ya tanto muerto en la calle. Luis Aníbal ya no pensaba sino en accionar su fusil. Quizá otros ya se habrían apoderado de Palacio. A unos metros de la Radio Nacional garrotes, piedras, tinteros, balas; los estudiantes defendían su fortaleza al máximo de la medida de sus fuerzas. Hasta ahora había existido en el país un cierto respeto hacia las mujeres. Frente a las madres, la mano que golpea se había detenido aun cuando un instante, reflexiva. Aminta se arrojó exponiendo su pecho delante del pelotón de soldados que iba a hacer la descarga, a mansalva, contra un grupo, estudiantes la mayoría. A la entrada dormían ya algunos cuerpos exangües, empapados de lluvia y de lágrimas. Aminta no supo que más ocurrió. De espaldas, el busto sano, erguido, apoyado en el codo izquierdo, como quien va a levantarse, quedó”.

En la segunda escena, la salida de la madre de Julio Matiz, un mecánico latonero de la empresa de buses, que promueve el apoyo de los choferes de bus a la huelga de los tranviarios.

“De rodillas la madre de Matiz le rogaba a los santos que le trajeran rápido a su hijo. Y de súbito, como si le hubiese fallado la confianza en Dios, irguióse para salir a buscarlo. ‘Ah, cuando te encuentre te daré una muenda como cuando estabas mocoso! Si, señor, en el primer tumulto, seguro, allí estará el Matiz... ¡Dios mío!.

“--¡Que no se me vayan a mover de aquí!—recomendó a los niños, mostrándoles abierta la palma de la mano.

“Su pañolón negro, alrededor de la cabeza y los hombros, se aventó a la calle. Se dijera que existía calma, pero las casas cerradas, así, mudas con portones, ventanas y todo, ahuyentaban el sosiego. Iba casi corriendo, mas en su mente comenzó a repicar el tiroteo distante y cercano. Miró atrás, hacia la casa, pero no distinguió a esos individuos metiéndole el hombro al portón. La madre se dio cuenta de que aquellos silbidos eran balas y le pareció oír la voz de su marido a propósito de la guerra civil: ‘...echarse a tierra’. La madre atravesó, pues, la carrera octava, con la firme intención de ganar la calle novena o décima, para descender a la Plaza de Bolívar. ‘¡Allí está él!... ¡Mi hijo!’.”

La tercera escena, y la más dolorosa, se compone de la muerte de la madre de Matiz y de la de los dos niños huérfanos, hijos del pote Rodríguez, a quienes Julio Matiz y su madre acogieron en su casa. Los sujetos que alcanzó a ver ella, mientras corría hacia la Plaza de Bolívar a su cita con la Parca, eran detectives que iban con orden de capturar a Julio Matiz. Furiosa por el alboroto que han formado los detectives, la señora Blanquita, dueña de la casa, expulsa a los dos niños.

“--¡Se me van de aquí, chivatos horrosos!—gritó a los niños la señora Blanquita, persiguiéndolos.

“Los dos niños, asidos de la mano, se le enfrentaron a Bogotá. ¿A dónde? Su ‘mamá’, como llamaban los niños a la señora de Matiz, debería estar en la tienda de la carrera novena, a la cual solía llevarlos muy a menudo, cuando iba a comprar. En un abrir y cerrar de ojos la lluvia les remojó la ropita. A pesar de ignorar la causa de esa soledad sórdida, de no comprender la razón de esos estallidos, los sobrecogió el miedo. Sin soltarse continuaban descendiendo. En la esquina de la carrera séptima paráronse un momento:

“--¡Cuidado!—les gritó una voz. Tarde:

“El más pequeño cayó, casi sin gemir. El mayor rompió a llorar, inclinado sobre el cadáver de su hermano, yacente, el cráneo destapado, el rostro borrado por el torrente de sangre, al claror. El niño pensó atravesar la calle para refugiarse en la Iglesia de Santa Bárbara. No sospechaba que la torre estaba vomitando plomo.

“--¡Cuidado!—repitió la voz.

“El niño reuló. La voz le gritó:

“--¡Acuéstate!... ¡Espérame allí sin moverte!

“El niño alcanzó a ver a un hombre apostado en la esquina, disparando contra la torre. También cayó; pataleaba entre un charco de lluvia-sangre y gritería. El hombre desafiando la muerte se levantó, se acercó, alzando en sus brazos a la víctima. El fusil le estorbaba. ¿Arrojarlo? No. Harto le había costado arrancárselo al soldado, a la puerta de Palacio. Luego, apañó al ya muerto. El hermano aún resollaba. ¿Cómo hacer con ese fusil tan pesado más las dos criaturas? ‘Pues bien, mi fusil no lo dejo’. Dirigióse al Hospital de San Juan de Dios, a cuya puerta sorprendió a un anciano:

“--¡Demen un fusil!... Sí, tan joven me mataron a m’hijo!... ¡Acaba de irse, m’hijo! ¡Demen un fusil!...

“La madre de Matiz iba atravesando la carrera séptima, pero no alcanzó a poner la otra pierna sobre el andén del Capitolio: de espaldas se dobló. Envuelta en el pañolón enlutado, su cabeza quedó reclinada sobre el asfalto mojado”.

Hay lluvia en la selva y hay lluvia en la ciudad. Aquí y allá el dolor y el sufrimiento, y los pocos momentos felices, que son un paréntesis en la refriega, marcan las vidas de los habitantes. En el curso de *La Selva y la Lluvia* ventea un aire poético sostenido, y corre un humorcito soterrado, que suavizan la amargura del relato. Los personajes de la novela de Arnoldo Palacios, que hablan con sus propias voces, forman un mundo particular, como los grandes novelistas pueden crearlo, y se hacen entrañables para el lector. Tanto, que al concluir el párrafo final están dispuestos, ella o él, a irse detrás de Baltasar, el Caimacán, en busca de la ruta del murmullo del agua.

Se presenta en México obra de teatro colombiana: La piñata más grande del mundo



En Hermosillo, México, estado de Sonora, la compañía teatral de Blanca Sosa acaba de montar con gran éxito una obra colombiana, basada en un tema mexicano: "La piñata más grande del mundo".

No se trata de una historia cualquiera, es una historia que refleja el imaginario popular Latinoamericano y donde el antiguo arte de hacer piñatas y sus personajes cobran vida en el escenario para representar una historia tan antigua como la humanidad misma: la lucha entre el bien y el mal.

La historia se elaboró a partir de un hecho real: en los años 90, un fabricante mexicano de piñatas fue invitado al Festival de Tradiciones y Culturas Populares del Instituto Smithsonian de Washington, D.C. El piñatero había llegado a demostrar su arte: cómo se elabora una piñata, y para demostrarlo, ¿qué mejor que construir piñatas? De sus manos mágicas aparecieron burritas con flecos de papel de colores, barquitos de papel soñadores, réplicas en piñata de la Mujer Maravilla, y una piñata muy especial que elaboró sólo para el festival: la de un presidente. Lo hizo con traje de charro, sombrero y de tamaño natural. Le puso estrella de alguacil y con todo el detalle del mundo, en menos de una semana, entre el engrudo, el papel periódico y el bambú, allí estaba: la piñata más grande del mundo, la piñata del presidente. Y, con buen sentido del humor mexicano, le puso la cara de presidente de la época en Estados Unidos: el honorable Ronald Reagan. Al final del festival, los niños tuvieron una fiesta en el National Mall de los Estados Unidos y se dieron el placer de agarrar a golpes a la bella piñata hasta que se volvió pedazos y los bañó en dulces.

Ah, pero se me olvidaba contarles un pequeño detalle: la persona que observó ese proceso y que escribió en base a eso la historia, es el mismo que les escribe esta nota. En dicha época yo trabajaba como documentalista para el Smithsonian. La obra

fue enviada a un concurso de dramaturgia infantil de la finada Colcultura en Colombia y allí un jurado internacional le otorgó una mención honorífica. Pasaron los años, la obra se paseó por decenas de sitios Web, en España la leyeron miles de personas en uno sitio Web literario, hasta que un buen día hace varios meses recibí un email de una dramaturga mexicana en la que me solicitaba, a nombre de una compañía teatral, permiso para montar mi obra. De una vez le di el permiso y me olvidé del asunto, hasta que pasado un buen tiempo, me llegó otro correo: me invitaban al estreno de la obra en octubre. Por motivos laborales no pude asistir, pero prometí llegar allí en noviembre, y así fue.

Después de viajar a Arizona y abordar allí un avión de hélice y atravesar 500 millas de desierto, llegué el 20 de noviembre a Hermosillo. Se trataba de un aeropuerto muy moderno y bien equipado para una ciudad de tamaño intermedio. Todo el personal era increíblemente atento. Salí del terminal y allí me esperaba la directora de la compañía teatral: Blanca Sosa. Una mujer de un increíble calor humano, me invitó a comer, me platicó de la obra, (como todos sabemos los mexicanos platican, es más sabroso que simplemente conversar) y después me llevó al hospedaje que me estaban brindando en la "Calle el Ranchito", "Colonia el Mariachi", donde fui muy bien atendido.

No había dormido en más de 24 horas. Había salido de Sacramento a las 4 de la mañana, pero me sentía fresco como una lechuga. Hermosillo me recordó sectores de Bogotá, pero con nombres mexicanos, tales como "Avenida Benito Juárez". Una mezcla de ciudad moderna y tradicional, pero sin todas las congestiones de una gran ciudad.

Pasamos por "La Casa de la Cultura", donde una gran pancarta avisaba las presentaciones del siguiente domingo. La Casa de la Cultura no tenía nada que envidiarle a ningún centro cultural del mundo: se trataba de un centro cultural con todas las dotaciones necesarias, incluido un hermoso teatro donde se presentaría la obra.

Al día siguiente vendría la gran sorpresa: La obra era un bello musical, donde los personajes y canciones de mi obra habían cobrado vida en el escenario y la producción estaba a la altura del mejor teatro que hubiera visto en Estados Unidos o en Europa: luces, escenografía, música, vestuario, maquillaje, actores excelentes y una dirección magistral habían logrado una vez más que la magia del teatro llegara a los corazones de niños y adulto por igual.

Después de la segunda presentación, Blanca Sosa me tenía preparada una hermosa sorpresa: una placa de reconocimiento por mi obra que me fue entregada en el escenario por una gran actriz mexicana ante unos nutridos aplausos de un público fenomenal. Después de la obra tuvimos una cena en la que pude departir con todos los actores y el director de la obra, el hijo de Blanca, Mariano Sosa, quien además de dirigir la obra hacía en ella el papel principal.

Los mexicanos me adoraron y yo terminé enamorado de ellos y de su tierra. Ya hay una segunda obra en producción basada en uno de mis textos, "El día de la vida", ésta será una obra de títeres y en ella actuará la mera, mera, la directora de la compañía, Blanca Sosa. Y viene en camino un tercer parto teatral, será un embarazo creativo de casi un año que estaremos el próximo noviembre, para el Día de los Muertos. Se llama "Un viaje al país de los fantasmas" y lleva ya un mes de gestación.

¿Qué más les puedo contar? Hermosillo, ¡Hermozote!, los tacos de nopal son exquisitos y la gente mexicana es padrísima.

Creo que las obras teatrales infantiles me persiguen, hace 3 años fue en Tondela, Portugal, a donde viajé a ver una obra basada en uno de mis cuentos infantiles, la cual fue presentada en España y en Portugal. La piñata más grande del mundo ya está de gira. Hoy, domingo 5 de diciembre de 2010 será presentada en una ciudad cercana a Hermosillo ante 3000 niños y sus familias. La ciudad compró la presentación de la obra. Tal vez si el mundo sigue girando, llegue un día a Colombia... tal vez.

Enlace a fotos de la obra:

http://web.me.com/cosongo/Teatro/Fotos_de_la_obra/Fotos_de_la_obra.html

Página de la obra:

<http://produccionessosa.com/>

ANTROPOLOGÍA DE CIUDAD

TODO POR UN SOMBRERO VUELTIAO

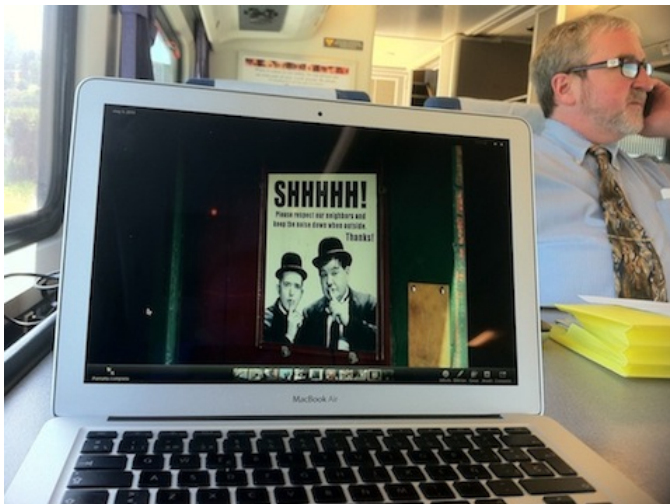


Mario Lamo Jiménez

Nadie podría imaginarse la magia que emana un sombrero vueltaio. Hace años, antes de que las burocracias lo declararan esto y aquello y lo de más allá, ya era un patrimonio nuestro que venía de lo más profundo de nuestros ancestros, de lo más esencial de nuestras raíces. Y, hace años lo adopté como símbolo de provenir de un pueblo bello, un pueblo mestizo, con sangre de negro, indígena, europeo y

asiático.

Con un sombrero vueltaio he dado vueltas por el mundo y el mundo me ha dado vueltas a mí... sin embargo, en mi último viaje a San Francisco, mi sombrero vueltaio actuó como un imán de energía positiva desde el minuto mismo que abordé el tren con destino a la ciudad del amor. Me senté a una mesa del tren, dispuesto a trabajar por hora y 58 minutos en mi computadora, pero una conversación empezó... todo por un sombrero vueltaio. La señora que se sentaba a la misma mesa (ya que en Colombia no hay trenes, me explico, los trenes gringos tienen mesas en los vagones con conexiones eléctricas para que los viajeros puedan instalar una oficina sobre rieles mientras viajan), me preguntó que de dónde era ese bonito sombrero. Yo le conté su historia, le hablé de la caña flecha, de la zona de Colombia donde los elaboran y finalmente le mostré cómo el sombrero se doblaba y volvía a adquirir su forma como por arte de, ¿magia?



Fue así que jamás toqué la computadora, y por hora y 58 minutos compartí una conversación con una abuela adorable sobre todos los temas de esta vida, desde la contaminación ambiental y la muerte de su esposo causada por un tumor, resultado de trabajar en una fábrica de productos químicos, hasta la mejor receta para preparar una torta de manzana. Ella me había dicho en qué estación se tenía que bajar para que su hijo la recogiera... llegamos a la estación y ella, embebida en la charla estuvo a punto de no bajarse. Le recordé que ésa era su estación y nos despedimos de prisa...

Empecé a caminar por las calles congestionadas de San Francisco, el día era inesperadamente caluroso para una ciudad dónde el viento frío del océano siempre baja la temperatura. San

Francisco tenía aspecto de ciudad tropical, con mujeres escasas de ropa y azaleas en flor adornando los jardines. De repente escuché una voz tras de mí que exclamaba: "¡Me gusta tu sombrero! ¿De dónde es?" Volteé la cabeza y vi a un hombre de larga barba blanca y aspecto de profeta salido de algún pasaje bíblico. Lo saludé y le di las gracias, de nuevo conté la historia del sombrero, pero esta vez la conversación fue muy diferente de la que tuve con la abuela del tren. En cinco minutos que caminamos juntos, el hombre me habló de cómo la humanidad estaba destruyéndose a sí misma y que todo el mundo parecía indiferente ante la catástrofe que se avecinaba, a la vez que circulaban a nuestro alrededor personas apresuradas por llegar a su destino, sin siquiera reparar en aquel profeta que llevaba una etiqueta adhesiva en su camisa que decía: "Love Kids", (ama a los niños). Yo le comenté acerca de su etiqueta y él me preguntó, "¿qué dice?" Algunas letras estaban invertidas, como si las hubiera escrito un niño, pero el letrero era legible. "Si no educamos a los niños, vamos a perder este planeta", me dijo, presionando la etiqueta que amenazaba con caerse. Antes de que se alejara le pregunté si nos podíamos tomar una foto juntos, a lo que él accedió con una sonrisa.

Entonces me quedé pensando: "pasan cosas singulares cuando se usa un sombrero vueltiao". Sin embargo las sorpresas del día no habría de parar ahí. Decidí entrar a la tienda de Apple en el centro de la ciudad, donde cientos de personas jugaban con las últimas computadoras y teléfonos salidos al mercado, por una escalera transparente más personas subían al segundo piso de la tienda. Esta vez escucho una voz en español que me dice: "¿colombiano?" Veo a mi lado a un hombre alto, joven, vestido deportivamente. "Sí, cómo no", le contesto, "me imagino que usted también lo es, ¿no?" Esta vez no tengo que explicar el origen del sombrero, entre los cientos de personas que circulan por el almacén, ya sabemos que por lo menos somos dos los colombianos. Él me cuenta que es un promotor artístico caleño que se especializa en traer grandes grupos musicales a los EE. UU. Durante la charla descubro que tenemos varios amigos en común, colombianos también, que viven en San Francisco. "Y ya tengo también oficina en Cali", me da su tarjeta y quedamos de estar en contacto.

"Éste es realmente el día del sombrero vueltiao", pienso sin saber la sorpresa que me aguardará unas horas más tarde, cuando gracias al sombrero, una bella y brillante valluna que vive y trabaja en San Francisco reconoce a un compatriota ensombrerado. Ella está en su trabajo, tenemos una charla muy agradable y nos citamos para almorzar dos días después.

A la mañana siguiente, llego al consulado de Colombia a hacer una vuelta, allí el sombrero vueltiao permanece completamente anónimo. Camino de nuevo por las calles de San Francisco y de un mercado callejero de frutas y hortalizas me llega una música como salida del cielo. Me dirijo al mercado, me parece que es música de gaitas y me encanta filmar a los músicos callejeros... No veo gaitas por ninguna parte, pero sí distingo a un solitario músico asiático que está tocando un instrumento tailandés, cuyas notas me suenan ahora como una mezcla de violín, serrucho y violoncelo. Le pido permiso para filmarlo y el hombre accede con la cabeza. Termina su presentación, me acerco a felicitarlo por su música, ¡y él me felicita a mí por mi sombrero! Otra foto con un inesperado amigo salido de un mundo de sueño, y una gran sonrisa desde unos dientes donde brilla el oro, pienso para mis adentros, "éste hombre es un genio musical y además una mina de oro".

Al día siguiente es la cita con la valluna sanfranciscana. Nos encontramos en un café francés, entorno muy apropiado para hablar de Nietzsche, Goethe, Wilhelm Reich y el mal que aqueja a

los estadounidenses, analíticamente estudiados por mi interlocutora: la mitad están drogados con drogas farmacéuticas y la otra mitad con drogas "ilegales", es decir están anestesiados frente al mundo que los rodea. A eso le añadimos la crasa ignorancia a que los tienen sometidos los medios de (in)comunicación, pues en este reino patas arriba, arriba está abajo y la verdad ha sido reemplazada por la mentira... Escucho además una enternecedora historia de sus labios, suficiente como para escribir un bello cuento o el guión de un hermoso cortometraje. Poco después, ella me acompaña a la parada del bus para dirigirme al barrio chino, el cual es una historia aparte. Tomo un trolley y la conductora, una mujer negra y sonriente, me dice dónde bajarme para recorrerlo. Allí me envuelven los aromas de plaza de barrio, pero con acento chino: calles repletas de compradores de todas las edades y aspectos, pescados frescos casi en medio de la calle que nos miran con ojos vidriosos entre sus trajes de hielo, yerbas y raíces secas que ocupan cientos de pequeños anaqueles, algunas parecen seres de otros planetas con formas y colores exóticos, vendedoras callejeras que han aprendido el inglés para poder vender collares con animales del zodiaco chino y talismanes de buena suerte a los turistas... toda una lluvia de colores, olores y sabores para los sentidos... una pequeña ciudad china en medio de San Francisco, como si fuera el set de una gran película...

Dejo el barrio chino y recorro calles por las cuales los turistas usualmente no deambulan. Muestran el lado oscuro de San Francisco, donde la belleza de la bahía y la actividad cultural y comercial atraen a personas de todo el mundo, pero que les impiden notar estos oscuros callejones plagados de desamparados, donde las esquinas son un orinal gigantesco y en donde en cada callejón un grupo de personas sin hogar cargan consigo en carritos de supermercado todas sus pertenencias y se acuestan a dormir donde los sorprenda la noche. Un hombre pide limosna... a la puerta de una licorera, otro grupo de hombres y mujeres se droga a la sombra de un edificio abandonado. Un hombre yace durmiendo en el cemento, como si fuera la cama más cómoda del mundo, usando una chaqueta vieja de almohada. De repente se me acerca un personaje bien vestido, no parece estar drogado ni borracho y me dice: "¿Puede darme dos dólares? ¡Tengo hambre!" Lo miro, parece sincero en lo que dice, le doy los dólares sin decir nada. El hombre sonrío, no da las gracias pero exclama: ¡bonito sombrero!

Y, ahora estoy en el tren de regreso a casa, escribiendo esta nota y recordando a todas las personas que conocí en un breve viaje y que jamás hubiera conocido... si no hubiera sido por un sombrero vueltiao, y se me ocurre que un sombrero vueltiao es el mejor embajador cultural del pueblo colombiano por todo lo que representa: no importa si se dobla o se amarra, jamás se doblega y vuelve a recuperar su forma, y es admirado por gente de distintos países y culturas por igual, ya que el sombrero habla por sí mismo: es uno de los grandes legados culturales que nos dejaron nuestros antepasados zenúes, una verdadera obra de arte que se puede exhibir con cabeza... y en la cabeza.

LITERATURA



CHAMBÚ, UNA EXPRESIÓN AMERICANA

Édgar Bastidas Urresty

Guillermo Edmundo Chaves, autor de la novela *Chambú*, y de *Oro de Lámparas*, libro de poemas, nació en Pasto, en 1909 y murió en la misma ciudad en 1984. Perteneciente a la generación nacida entre 1890 y 1910, su prosa se destaca por una fina y musical vena poética.

Chambú, voz caribe que significa roca, es una novela telúrica, como *La vorágine*, que narra la epopeya de la integración de la sierra (Pasto) al mar Pacífico (Tumaco), mediante la construcción de una carretera. Los primeros capítulos describen las características y el drama de esa epopeya.

El décimo titulado *El sentido de la tierra* se ocupa de Pasto desde la fundación española, su paso por la Conquista, la Colonia y la República

Habla del mestizaje, de la herencia, del aporte indígena, de la conformación de un tipo humano “bondadoso, leal, apegado a la tierra y a la tradición, valeroso para la guerra, abnegado para la vida, y heroico para el sacrificio”.

Describe la ciudad colonial, sus casas, sus calles y su tránsito a la ciudad republicana. Se refiere a las costumbres sociales en “esa línea peligrosa que marca el equilibrio del puritanismo y del snob desenfrenado. El alma fluctuando entre el quietismo y la inquietud”.

Hace el registro de las primeras invasiones de tierras ocurridas en los alrededores de Pasto, por parte de los colonos de Miraflores. El movimiento indígena está dirigido a reconquistar las tierras (latifundios) cuya propiedad debe ser de “quien la cultiva y de nadie más”.

Novela y paisaje

Hablar de Chambú, equivale a hablar de una novela de expresión americana, por el contexto geográfico y humano en que transcurre.

La novela parece ser el trasunto de una autobiografía, de una experiencia vivida por el autor. Describe un mundo en el que Ernesto Santacoloma, personaje central de la obra, pone en juego su destino en la búsqueda de nuevos horizontes. Emprende así un viaje formidable por las características de que está revestido, que ha de conducirlo, como en *La Vorágine*, de José Eustacio Rivera al encuentro y descubrimiento del obsesionante pero temible mundo del trópico, ese "avasallador dominio de la naturaleza, del paisaje, de los espacios inmensos"¹.

El paisaje como perspectiva poética y creadora constituye uno de los rasgos más determinantes de la obra. En cuanto hace posible, la visión íntima, descubierta como un subfondo, de "las realidades de su tierra, de su corazón y su destino".

La contemplación del mar, por ejemplo desde el puerto (Tumaco) cuya conquista marca una de las etapas más significativas de la travesía emprendida desde su lejana Pasto, da pie para hacer profundas meditaciones acerca del sentido de la vida:

"Algunas embarcaciones volvían. Al mirarlas Ernesto le pareció que su corazón era como un puerto también, entre el oleaje de la sangre y de los sueños. Un barco que llegaba, otro barco que partía. Así debía ser quizás vivir en plenitud: abrir el corazón al universo, y dar y recibir algo cada día...Pero él pensó que todo lo había dado; y en las orillas de su anhelo sólo sintió las amarguras del mar" (2).

El paisaje está también presente en la música "que es poesía eterna del paisaje de América" (3); y en la danza donde la figura de la muchacha que baila se confunde con el alma de América.

Hay un pasaje que conjuga la música, el paisaje, el fuego y la danza: "El cuerpo de Gabriela seguía entonces al ritmo de las llamas en el ondear de todas las formas de vida. Parecía que la música naciera de ella y que el paisaje de la raza se meciera en su cuerpo. Luego fue sólo llama...Porque la danza es eso: interpretar la vida a través de la música, y crearla a veces. Ser imagen de toda melodía. Realizar la escultura de la música, y darle al movimiento ritmo de arpegio y lineamiento plástico. Por eso sabe ser creación; y bien puede caber el universo en la curva melódica de las manos que danzan". (4).

Sería esta una concepción poética del cosmos como la de Gaston Bachelard, un fenomenólogo de la poesía.

La selva se presenta aquí como uno de los aspectos más subyugantes del trópico. Su avasalladora presencia va a ejercer una influencia ciega y fatídica en la vida de los seres y cosas del entorno.

Chambú reivindica a los pueblos de Latinoamérica a partir del valor de la raza y de la sangre, posición que va a coincidir con el pensamiento de Roberto Fernández Retamar en su ensayo *Calibán*, de tan profundas repercusiones sociales, políticas y culturales.

El final de la novela es dramático y conmovedor. Se ha llegado a la culminación de un proceso vital. Sobreviene para el protagonista una etapa que se debate entre “el ser y el no ser”. El sentido de la vida alcanza alturas metafísicas. Y se plantea la interrogación existencialista: vale la pena seguir viviendo, o se impone el suicidio.

Ernesto cavila y medita. Afronta el conflicto entre la duda torturante que desgarrar su espíritu y el encuentro de una última y quizás definitiva esperanza salvadora. Lo salva la fe. En la vida y en el amor. Lo salva la roca Chambú, frente a la cual se vislumbra el abismo negro y profundo de la muerte. Lo ha salvado la voz secreta pero inteligible de Chambú, la roca que es símbolo de lucha, esperanza y guía por los caminos de América.

Chambú estuvo a punto de ser adaptada al cine en los años setentas pero el proyecto fracasó porque la empresa cinematográfica ofrecía una suma exigua por los derechos de autor.

Conocí a Guillermo Edmundo Chaves en los años setentas, con ocasión de la entrega que le hice de mi artículo Chambú, una expresión americana, que él recibió complacido y agradecido.

Debía tener un poco más de sesenta años, vestía elegantemente, usaba sombrero y saludaba con una venia.

Le había vendido los derechos de autor de Chambú a la editorial Bedout de Medellín que hizo varias ediciones sin citar el número correspondiente, lo que constituía un engaño para el escritor.

En una de las visitas que le hice a su casa me contó que el profesor mexicano Joseph F. Vélez que enseñaba en la Universidad de Baylor, Texas, había escrito cinco ensayos sobre Chambú. Me puse en contacto con él, me envió los ensayos que se publicaron en el libro Cinco ensayos sobre Chambú, como homenaje al autor de la novela, a cuya presentación asistió en 1984 a pesar de su delicado estado de salud, año en que moriría.

Notas

1. Chaves, Guillermo Edmundo. Chambú. p.
2. Ibid. p. 8
3. Ibid. p. 8
4. Ibid. p. 17

CRÓNICA

EL CUADRO EN LA PARED

Nuria Barbosa León,
periodista de Radio Progreso
y Radio Habana Cuba

Allá, en un paraje del Río Orinoco, conocido por el Delta Amacuro de Venezuela viven más de 30 mil indígenas waraos y en la comunidad nombrada Nabasanuka labora el médico brasileño Marcus Vinicius Dutra Zuanazzi graduado en la Escuela Latinoamericana de Medicina en Cuba.



Entre 7 horas y 3 días puede tomar el viaje por el río desde los asentamientos más alejados hasta el hospital más cercano, dependiendo de si la embarcación es una lancha con motor o una curiara.

El hombre warao tiene una similitud con el agua dulce, su vida ha sido alimentarse del pescao, cultivar viandas como el okumo, llevar su mercancía hacia otras zonas a través de los afluentes y orientarse con los caminos de la luna.

De piel curtida por el duro trabajo expuesto al sol, pelo lacio cayendo en el rostro, nariz redonda y abultada, frente pequeña, ojos oscuros, estatura más bien baja, ha sido una persona que ha preservado su cultura frente a la colonización.

Sufrió expulsión de sus tierras, maltrato a su población, azote de epidemias, analfabetismo, racismo, discriminación y exclusión de la estructura política de la sociedad.

Por eso cuando el gobierno de Hugo Chávez brindó recursos para ampliar el ambulatorio y el médico llegó, todos se movilizaron y Marcus fue bien recibido, halagado con manjares típicos del lugar.

Dos pobladores de la etnia Warao, se acercaron un día a la casa del doctor y con mucho interés miraban hacia el interior de la vivienda. Uno dijo:

- ¡Ven a ver que tiene el doctor puesto en su pared!

Sin pudor alguno, ambos tenían su cabeza dentro de la ventana ajena y observaban un cartel colgado. El otro preguntó:

- ¿El de la foto es Fidel Castro?

El médico responde con un movimiento de cabeza afirmativamente

El indio con una sonrisa tierna dice:

-Pues dame uno de esos a mí, nosotros también somos revolucionarios aquí.

EL GENIO CÓMICO MÁS GRANDE DEL MUNDO

A CIEN AÑOS DEL NACIMIENTO DE CANTINFLAS: UN OJOMENEADO RECUERDO

Fidencio Sánchez



Estimado, ultimado y trasquilado pueblo aquí reunido.

Es para mí una falta de deshonra que no me hayan elegido a mí para digerirles estas palabras para conmemorar los 100 años del natalicio del gentilicio de Cantinflas, conocido también con el nombre de Mario Moreno y con el

sobrenombre de Fortino Mario Alfonso Moreno Reyes, y digo sobrenombre porque los padres en verdad lo sobrenombraron porque con Fortino hubiera sido suficiente, ya que tuvo en esta vida una fortuna que cualquiera hubiera envidiado.

Pero como dijera Waterloo, "a todo Napoleón le toca su Bonaparte", y hoy me ha tocado a mí la buena parte de digerirme a ustedes.

Cantinflas mismo decía que él era de origen humilde. Muy ciertas palabras que podemos hacerlas extensivas al resto de la humanidad, pues todos tenemos orígenes muy humildes, teniendo en cuenta que todos provenimos del mono y que los de sangre azul curiosamente tienen sangre roja, porque eso es lo que les sale cuando por accidente trabajan y se les hace alguna cortadura en la epidermis, que para los menos doctos en cuestiones del idioma, explico, epidermis es una palabra compuesta que se descompone si la dejan mucho tiempo sin refrigeración.

Pero para no alejarme mucho del tema de este homenaje, no sea que me caiga del escenario, como él mismo difunto dijera antes de morir "algo malo ha de tener el trabajo o si no los ricos ya lo habrían acaparado". Sabias palabras porque Cantinflas fue un defensor no de los pobres sino de los más robados por los ricos y con ellos compartía su riqueza mental y material (compartía con los

pobres, aclaro, porque uno nunca sabe cuanto despistado pueda estar escuchando o leyendo estas palabras y crea que me refería a los ricos). Cantinflas no sólo se inventó a sí mismo, sino que retrató a todo un pueblo al que desde la época del agua de colonia lo tenían oliendo mal... maltratado, humillado y explotado hasta por la lengua, es decir lingüísticamente hablando. ¿Por qué hablaba Cantinflas como hablaba y no como hablaban los demás? Esa pregunta se las dejo a los académicos, médicos y demás problemas endémicos de los que sufre esta nación y otras palabras terminadas en –ción como canción y barbarie.

Una persona del público: “Perdón, caballero, pero barbarie no termina en –ción”.

Pero interrupción sí, lo cual es una barbarie, así que no interrumpas, Chato, y déjame continuar con este concurso.

La misma persona: “Querrá decir, discurso”.

Mire señor agente encargado de mantener el desorden, me hace el favor de sacar a este endividuo de esta conmemoración porque al paso que vamos, con tanta interpelación no voy a poder terminar de empezar esta divagación.

(...)

Gracias, señor indigente, como veníamos diciendo, como dijo el defunto, “hay momentos en la vida que son verdaderamente momentáneos”, y éste es uno de ellos, si no vivimos este momento de recordación, después será tan momentáneo que se nos olvidará en un momento lo que pasó en este insigne momento. Y lo que pasó fue, que como dijera el mismo Cantinflas, y esto va para todos los políticos, prelados, parlamentarios, rudimentarios y demás fauna que nos gobierna: “o actuamos como caballeros, o como lo que somos”. Siguiendo de nuevo estas sabias palabras que nos dejara el artista, cuya vida, obra y caminado estamos aquí con-memorando, memorando y recordando, es mejor que ninguno de ustedes actúe como lo que en verdad es o este país se sigue hundiendo en un despeñadero sin fondo, porque según entiendo, hasta el fondo ya se lo robaron.

En cuestiones léxicas, o sea las que se refieren al lexo, palabra muy cercana al anexo y lejana pariente del inverso, puedo decir que Cantinflas demostró que el español cocinado por Cervantes y que fuera condimentado por el sabio Rufino José Cuervo hubiera sido seguido siendo un idiomita de restaurante de tercera categoría si Cantinflas no hubiera descubierto todas esa serie de palabras que navegaban por el caldo del español sin que nadie se atreviera a masticarlas. Gracias a Cantinflas sabemos que tenemos un “indiomita” no de raíces latinas sino de raíces indígenas por eso es un “indio-ma”, que los que nos gobiernan son unos “abusativos” que tienen una gran “falta de ignorancia”, y que además, el resumen de toda su filosofía, otra palabra compuesta que me niego a descomponer, para no causarle malestar, era: “La primera obligación de todo ser humano es ser feliz, la segunda es hacer feliz a los demás”. Y Cantinflas, fiel a

su legado, cumplió muy bien con esa primera obligación: fue un hombre increíblemente feliz y además cumplió de sobra con la segunda: hizo felices a millones de infelices con su gracia, su bailado, su toreado, su caminado, su boxeado, su hablado y su desenfado. Y no crean que la cosa paró ahí porque después de retirarse del cine, Cantinflas continuó ayudando con su gran fortuna a niños desamparados y a cuanta persona necesitada, ya fuera de la hora... de la cena o de una buena bacanora, que acudiera a su despacho para narrar su despecho.

La supuesta “Real Academia de la Lengua”, que aún no me entero si es de lengua de vaca o de lengua de burro, le hizo un supositorio homenaje a Cantinflas al incluir en su diccionario el verbo “cantinflar”. ¿Pueden ustedes imaginarse que a Cantinflas lo hayan reducido a la vil categoría de un verbo, cuando él más bien era un proverbio y un soberbio comediante? Pero la cosa no para ahí. No solamente lo volvieron un vil verbo, sino que además, para despertar más sospechas hasta se atrevieron a definirlo. Y cito esporádicamente la supositoria definición, que más que definición, es una mala función y un insulto a todo lo que era Cantinflas. Es así que hago punto y aparte, y aparte de lo que les acabo de decir, abro comillas y cito contextualmente la indefinición del citado mamarracho de diccionario:

“cantinflar.

1. intr. Cuba y Méx. Hablar de forma disparatada e incongruente y sin decir nada.”

Cierro comillas y no sólo las cierro, sino que las encierro, porque según los doctos académicos, Cantinflas “Hablabla de forma disparatada e incongruente y sin decir nada.”

¿Podrá creerse tamaña falta de ignorancia? En primer lugar, Cantinflas no hablaba de forma “disparatada e incongruente”, todo lo que decía tenía un perfecto sentido y razón. Ahora bien, si los académicos escuchaban disparates e incongruencias, era sencillamente porque no sabían escuchar el “indiomá” ni mucho menos lo habían aprendido. Además, acusar a Cantinflas de “no decir nada” es como acusar al agua de no ser transparente. Cantinflas dijo con ironía lo que los honorables académicos no pueden entender porque pertenecen precisamente a ese sector del humus sapiens que tiene más de humus que de sapiens, o sea que no piensa nada. Y para contrarrestar este vulgar ataque, les traigo a colación una cita verbal de Cantinflas, y es verbal, porque se trata de la conjugación de un verbo, y dice así:

"Yo amo, tu amas, él ama, nosotros amamos, vosotros amáis, ellos aman. Ojalá no fuese conjugación sino realidad".

¿Señores académicos es ésa una forma de “hablar de forma disparatada e incongruente y sin decir nada”?

Y si vamos a hablar de cosas disparatadas, miremos no más el tal “Diccionario de la Academia Real de la Lengua de Vaca Española”. Ahí no hay argumento, las palabras sólo están organizadas en orden alfabético dizque para decir lo que quieren decir cuando en verdad no dicen nada. Ahí no se cuenta ni una historia, ni un chiste, ni una moraleja, ni siquiera un chisme. ¿Acaso a la hora de dormir, cuando uno quiere relajarse y quiere tener dulces sueños se pone a leer el tal diccionario, que más que diccionario parece un barrabasario? No señores, o lee uno una buena novela o mira media hora de una película de Cantinflas, de las más de 50 que hizo y duerme como un angelito. Teniendo en cuenta todo lo anterior, lo dicho, lo no dicho y lo que se quedó por decir, declaro que la tal Academia o nunca vio una película de Cantinflas o si la vio no la entendió o si la entendió la entendió al revés. ¿Ven ustedes lo que un poco de falta de ignorancia puede hacer en esta vida? Por ese motivo, me tomo el derecho, el torcido y el retorcido de entrar mi propia definición en el Diccionario de Cantinflas de “Real Academia de la Lengua de Vaca”.

Punto y aparte, coma, y abro comillas o más bien comillotas:

“Real Academia de la Lengua de Vaca”: Órgano o apéndice real o imaginario que viene en diferentes dimensiones y sabores, por medio del cual los señores académicos definen palabras que no conocen con otras palabras que están por inventar”.

Cierro comillas o comillotas, y finiquitado el caso de la Real Academia de la Lengua de Vaca, me dispongo a dar punto final a este ojomeneado homenaje a Fortino Mario Alfonso Moreno Reyes, a los 100 años del natalicio de su gentilicio, acaecido un 12 de agosto, exactamente a las cuatro y pico de la tarde en la Ciudad de México, estado no de Chihuahua, sino de embarazo o no habría habido parto, citando una de sus citas, de aquél, que nunca olvidó que provenía del pueblo, que creó un personaje del pueblo y que siguió siendo pueblo hasta el fin de sus días, sin creerse más o menos que todos los demás, a pesar de ser un genio de la actuación, del idioma, del toreo, del boxeo, de la mima y hasta de la rima, la cual incluyo solamente porque rima con mima o viceversa, que para los menos versados es la inversa de la reversa sin que se fuerza. Pero de todos modos, he aquí sus palabras:

"Si tan solo rigiéramos nuestras vidas por la sublimes palabras que hace 2000 años dijo aquel humilde carpintero de galilea sencillo, descalzo, sin frak ni condecoraciones 'amaos, amaos los unos a los otros' pero, desgraciadamente, ustedes entendieron mal y confundieron los términos. ¿Y qué es lo que han hecho?, ¿qué es lo que hacen? Armaos los unos contra los otros. He dicho".

Proféticas palabras que los señores de la Academia de la Lengua de Vaca tampoco leyeron y que si leyeron les entró por un oído y les salió por el otro, por el otro agujero por el que se les derrama la materia gris, que hace tiempo la deben de tener más bien color zapote.

Y, para empezar con esta terminación, les recuerdo que el mismo Cantinflas fue el encargado de inventarse su propio nombre. Les cuento la anécdota tal como

la viví, aunque no estuve presente en primera persona del singular sino en tercera persona del subjuntivo imperfecto del aumentativo plural.

Resulta que cuando Cantinflas todavía no era Cantinflas, lo cual nos presenta un problema odontológico, porque cómo podía ser cuando no era, salió al escenario en una de las carpas donde actuaba y el empresario le dijo que calmara al público que se encontraba un poco alebrestado, embalsamado y hasta entusiasmado. Cantinflas, que digo e insisto, todavía no era Cantinflas, en medio del nerviosismo de situación tan riesgosa, donde volaban jitomates como si fueran aguacates, con voz entrecortada y entrepegada suelta un discurso y el público no solamente se ríe y se calma sino que le grita: “¿En qué cantina inflas?”, lo que para nosotros los mexicanos, quiere decir según la Academia del Idioma, el acto de tomarse uno sus tequilitas entre Pacho y Espada (no confundir con “entre pecho y espalda”, porque Pacho y Espada son dos amigos míos). Fue así que Mario, con su sagacidad poco innatural, unió las dos palabras, “cantina” e “inflas” y de allí nació “Cantinflas”, el cómico más grande que ha producido la humanidad, esto no dicho por este servidor que aquí los ilustra, lustra y relustra, sino por el mismísimo Charles Chaplin, otro genio del que me ocuparé en su debido tiempo.

Entonces, Chatas y Chatos, ahora sí, para terminar este comienzo, los dejo con este pensamiento de Cantinflas, para que lo mastiquen, lo practiquen y lo incorporen a su idioma, porque aunque dicen que loro viejo no aprende a hablar, créanme chatos que nunca es tarde para empezar, ya sea por la mañana o por la tarde. Y aquí están las palabras del propio Cantinflas y con ésta me despido, ahórrense los aplausos porque hacen mucho ruido:

"Aquel que mete la pata, y reconoce su falta, da prueba de su valor, reconociendo su falta."

Hemos dicho. Pero chatos, ¿no les dije que se ahorraran los aplausos? Muchas gracias.



ECONOMÍA E IRREALIDAD

VIVIMOS EN EL MATRIX

*Luis Germinal
Muñoz Salvador*

Muchos recordarán
una película
protagonizada por

Keanu Reeves, en la cual el mundo estaba en ruinas y los humanos habían sido reducidos a baterías conectadas a un sistema de realidad virtual.

Actualmente vivimos en la realidad, pero existen dos mundos y desde un punto de vista económico y en ocasiones creo que social, ese mundo virtual creado por internet es más importante que el mundo real. Una vez pregunté a un profesor ¿Qué es la realidad? Me contestó (es aquello que puedes apreciar a través de tus sentidos). La respuesta aun me parece algo ambigua pues una alucinación da una sensación de realidad pero no existe. Le pregunté a Jonatán (un filósofo nato) ¿Qué es la realidad, como la diferenciamos de otra cosa? Me dio un puñetazo y me preguntó ¿Te duele? Pues entonces es real, si puede hacerte daño es real.

Contando el día de hoy llevo cinco días sin salir de casa, salvo por mi esposa no tengo contacto real con ningún otro ser humano. Para ser sincero lo prefiero así. Pero también me he dado cuenta de que con la aparición de dispositivos como el iPhone y otros equipos portátiles la gente está conectada todo el tiempo, ya no se concibe a nadie desconectado de la red; es como si no existieras.

Por el mismo motivo la realidad se ve afectada. Las cosas de la red adquieren cada día más valor. Un dominio WEB (o sea una página ej.: www.facebook.com) vale millones de dólares, ¿existen en la realidad? ¿Qué es lo que vale tanto? Es curioso pero si el señor Zuckerberg fuera a un banco a pedir un préstamo se lo darían sin preguntas. Sin embargo, un granjero va a un banco a pedir un préstamo para seguir cultivando su campo que da de comer a cientos de personas y tiene que poner su tierra en riesgo y probablemente la pierda. Si voy al campo puedo saltar sobre la tierra, patearla, llenar mis puños, masticarla (aunque sabe horrible) puedo verla. Sin embargo no puedo hacer esto con Facebook o ninguna otra página WEB. Por eso me pregunto, ¿Por qué el mundo virtual vale más que el mundo real? ¿Tiene esto sentido?

Nuestra economía está basada en valores virtuales, en bolsa cotizan un montón de cosas inexistentes, las monedas de distintos países no están abaladas por nada material solo por la supuesta teoría de solvencia en las pantallitas de Wall

Street. Un dólar, un euro o un peso son lo mismo, un trozo de papel. No representan ni oro, como en la antigüedad, ni un trozo de tierra. No representan nada. Por eso magnates del mundo de la economía se divierten jugando a subir y bajar los numeritos a su antojo.

Una cosa es cierta el mundo virtual no nos puede alimentar, así que a mí en lo particular no me extraña la situación precaria de un montón de países donde mucha gente se acuesta con el estómago vacío y sin idea de que comerán mañana. ¿Por qué un economista X que se dedica a vender y comprar cosas que no existen gana millones y se le alaba como a un dios? ¿Por qué un granjero, que me da de comer todos los días, apenas le alcanza para llegar a fin de mes? ¿No debería de ser al revés?